

Pedro Almodóvar, coronado de laurel

MARY G.
SANTA EULALIA

El director manchego simboliza la masa indócil que Ortega y Gasset profetizara enfrentada a las minorías

Para que se citara a un realizador español, fuera de nuestras fronteras, hacia 1970, la tertulia debía estar constituida por cinéfilos muy enterados: responsables de filmotecas, profesionales, especialistas altamente cualificados en la asignatura cinematográfica. Entonces, sí se mencionaba en la conversación, por ejemplo, a Carlos Saura, pero poco más. De unos diez años a esta parte, aproximadamente, conocida la presencia de alguien procedente de España, los interlocutores de otros orígenes, espontáneamente, recitan lo más famoso de nuestro patrimonio cultural como: gazpacho, paella y Almodóvar, comprendiendo su nombre propio, Pedro. Tengo testimonios de diversas áreas geográficas, desde Estados Unidos hasta los países nórdicos europeos. Gente informada, universitaria o no, sencillamente aficionada al cine

CINE

a nivel medio, que incluso se ha aprendido títulos concretos de su filmografía.

¿Qué ha hecho Almodóvar para merecer este encumbramiento? Pues ha irrumpido en el terreno del espectáculo rompiendo la homogeneidad reinante, que tan *pavorosa* le parecía a Ortega y Gasset, y me atrevo —con el riesgo que supone— a pensar que plasma, en la pantalla, una

faceta del perspicaz descubrimiento del filósofo madrileño: *la rebelión de las masas*. Con razón, Julián Marías afirma que el libro en que Ortega expuso sus reflexiones sobre esa insurrección no cesa de ser actual y anticipador. “Hoy”, puntualiza en una introducción al mismo, “es mucho más verdadero que cuando se escribió, en 1930”. Tiene estrecha relación con la crisis de las normas.

El influjo de Almodóvar en el ámbito del arte de la imagen en movimiento, se asemeja al de los Beatles y sucesores, en la música. Hágase recuento de las canciones de los impulsores del *sound* de Liverpool: George, Ringo, Paul y John quienes, entre otras cosas, aliviaron de los complejos de angustia y terror al destructor *submarino* de la 2ª guerra mundial y lo convirtieron en juguete cómico: con el simple estribillo: “Amarillo es, amarillo es”. No hay evocación ninguna del suceso bélico. La conexión con la muchedumbre adolescente, que no ha cursado, quizá, más que la enseñanza primaria o secundaria, no se efectúa a través de impresiones visuales o melódicas heroicas, épicas, constructivas, destructivas o contemplativas, ni siquiera activamente pacifistas. Surge de mensajes dirigidos al corazón de cada cual. Como hace Almodóvar, explotando emociones de alto voltaje.

Provocador nato

El director manchego es un animador genuino, un provocador nato. Antes, mucho antes de que se pusieran de moda los pesados, monumentales zapatones que aplastan las calles del mundo del año 2000, ya los calzaba él y vestía *ad hoc* con consciente, coherente extravagancia y alarde. Despertaba curiosidad intencionadamente. Después de rodar cada película, reclamaba una atención de propina en sus estrenos, organizando cortejos fastuosos y teatrales con su reparto, ya fuese en Madrid, o en la presentación a un premio, en el Festival de San Sebastián. Su maestría en propagandas electrizantes, es proverbial. Adora lo festivo y lo carnavalesco. Por otra parte, la libertad en su indumentaria y en la de sus criaturas emula la irregular, imaginativa, surrealista y estrambótica de los noctámbulos habituales de un Madrid semi escondido —a espaldas de la plaza del Callao y del edificio de la Telefónica, por ejemplo—. Por allí deambula un segmento de la sociedad urbana segregada del común de la población —¿por provinciana?, ¿por diferencias físicas?, ¿por ignorante?, ¿por insolvente?, ¿por insumisa?, ¿por discapacitada?, ¿por discrepante?, ¿por ineducada?, ¿por violenta?, ¿por independiente?— ¡Quién sabe!. En ese grupo —que la modernidad llamaría “alternativo”— militan personas sin empleo o sin familia, con poca formación y menos títulos

oficiales, bohemias, temperamentales, individualistas, iconoclastas, homosexuales, drogadictas, etc., a quienes une una común indiferencia por los modales adquiridos en herencia del pasado, coincidiendo con la visión de Ortega: “Por primera vez nos encontramos con una época que hace tabla rasa de todo clasicismo, que no reconoce en nada pretérito posible modelo o norma” y en

otro párrafo: “Sentimos que de pronto nos hemos quedado solos sobre la tierra los hombres actuales; que los muertos no se murieron de broma, sino completamente; que ya no pueden ayudarnos. El resto de espíritu tradicional se ha evaporado. Los modelos, las normas, las pautas no nos sirven. Tenemos que resolvernos nuestros problemas sin colaboración activa del pasado, en pleno actualismo — sean de arte, de ciencia o de política—”.

Si se observa un film de Almodóvar, no se vislumbra apenas un tipo que cubra las apariencias, que se sujete a un protocolo admitido por generaciones. Las tramas se pueblan de ciudadanos de *segunda mano*, marginados de la etiqueta y los buenos modales. *Todo sobre mi madre*, verbigracia, lo protagoniza una joven casada que, al cabo de dos años sin ver a su marido, no se extraña de su conversión en mujer y, sigue viviendo con él-ella, Esteban-Lola, hasta que él-ella la abandona ignorando que va a ser padre. Una generosa misionera seglar se va a enamorar y dejarse embarazar por el mismo/ misma individuo/individua. La madre de esta propicia víctima del amor, es una dama gazmoña, muy conservadora, que pinta y vende copias fraudulentas de Chagall. El padre, amnésico, sólo se preocupa por la edad y las medidas de quienes le dirigen la palabra. La actriz, por

cuyo autógrafo muere atropellado el único personaje normal del drama, es lesbiana. Se desvive por su acompañante femenina, heroinómana. Cuando ésta contrae matrimonio y se marcha, la sustituye una prostituta de muy buen *rollo*. Total: una Babel de casos insólitos, seleccionados para el exclusivo universo almodovariano. Usan un lenguaje sin escrúpulos, crudo y duro, a tono con la discutible calidad de su vida, que suena escandaloso para muchos oídos, aunque dotado de humor indiscutible. En ningún momento son considerados como malditos, réprobos ni despreciables, sea cual sea su *curriculum vitae*.

No se aprecia en Almodóvar inclinación a contemplar la realidad social con ánimo redentor o a analizar cuestiones políticas, a menos que le sirvan para arrancar un chiste o una broma de las circunstancias, como en *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, donde María Barranco, intérprete que sublima hasta un grado sumo la candidez, dice unos monólogos insuperables de pura gracia, como el de la persecución imaginaria de que es objeto por parte del pueblo palestino. (Si no se trataba del palestino, es lo de menos).

Recibido entre el desdén y el entusiasmo

Para sus primeros pasos como director, en 1980, con *Pepi, Lucy, Bom y otras chicas del*

montón —que delimita la

CINE

cantera de heroínas de donde se proveía el realizador— la acogida de la crítica fue de rechazo, por su extravagancia, su desvergüenza e inexperiencia, hasta llegar a ignorar la película. En cambio, turbas juveniles salidas de las catacumbas de la *movida*, que sintonizaban con su actitud despreciativa hacia los convencionalismos, puede

asegurarse que estaban materializándose como un público ya fiel y maduro, que le esperaba. Ello autorizó la producción de un segundo film en un breve plazo, aunque había división de opiniones en cuanto a su importancia. En general, no existía acuerdo sobre las materias de su preferencia ni sobre su tratamiento. Las mismas vecinas de Calzada de Calatrava, su pueblo natal, amigas de su madre, calificaban sus películas como *guarrindongas*. Se agravó la situación enseguida, porque un porcentaje elevado de espectadores serios, aprensivos respecto de las novedades y devotos del cine clásico, se irritó contra su desconsideración y grosería, sus licencias, su impudicia; no lo aceptó, en pocas palabras; se *estremeció de espanto*, como suponía Ortega que debía acogerse el imperio de las masas, si bien, al mismo tiempo, afirmaba que había en éste un oculto sentido positivo.

En 1982 se estrenaba *Laberinto de pasiones*, en donde el modelo del *comic*, junto a personajes inventados relacionados con *culebrones* auténticos y nombres sugestivos de la alta sociedad y del Tercer Mundo asiático, presentaban un argumento caótico, pero en soporte técnico mejorado. *¿Qué he hecho yo para merecer esto?* echó más leña al fuego de la polémica, porque en aquella ojeada al suburbio se exalta el feísmo, la basura. A *Matador*, del 86, se

le recibió con términos de más complacencia. Almodóvar empezaba a mostrarse más ducho en el oficio, aunque continuara desenvolviéndose en el despropósito, manejando ideas aberrantes. En el 87, reapareció de nuevo, con *La ley del deseo*, a la que se juzgó como más digna, a pesar de la tosquedad y lo tópico de la trama y los excesos de atrevimiento sexual. En el 89 se proyecta *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, más controlada estéticamente y por la cual, a despecho del parecer de los rectores de la crítica sobre su endeblez argumental, obtuvo un éxito popular clamoroso, como comedia *light*, merced a unos ingredientes divertidos: personajes estafalarios y diálogos coloquiales originales, infrecuentes en las bandas sonoras del cine español. Añadido a la brillante intervención de la recién llegada María Barranco, antes citada. *Átame*, 1990, fue la siguiente obra, donde se considera una historia de amor loco entre dos, de la que se aplaudió el riesgo, la sinceridad, hallazgos narrativos e incluso su impudor, y se estimó que con ella había superado la fase del principiante para alcanzar la cima de su carrera. Un año más tarde trae *Tacones lejanos* (1991), melodrama de amor y desengaño filial, con toques esperpénticos del cuño Almodóvar y un guión impreciso. En 1993 se reúne en *Kika* el disparate y un coro femenino asimilable al de

Mujeres al borde de un ataque de nervios, pero más barroca y menos perfilada de asunto y de caracteres. Con *La flor de mi secreto*, 1995, se desvía de sus anteriores propuestas apostando por un estilo más formal, pero, como consecuencia, menos en consonancia con sus características personales. De *Carne trémula* algún comentarista elogió, por atractivas, sus oscilaciones, en

las que se percibía al director moviéndose a su gusto. Luego viene la última, la multinacionalmente lorificada, *Todo sobre mi madre*, 1999. A estas alturas, el mundo entero tiene noticia de la abundante cosecha de premios que ha recogido el autodidacta Pedro Almodóvar, desde la Academia Española de Cine, hasta el Oscar de Hollywood y los demás galardones de muchísimas entidades prestigiosas y países. Lo que equivale a una aprobación global de su actividad creativa, pese a la incómoda atmósfera que destila y la manera irreverente con que contempla los distintos estamentos sociales, patente en su cine.

Carencia de proyectos

Lo cual nos remite otra vez a Ortega, en cuanto certifica su acierto sobre la indocilidad de las masas frente a las minorías —antes favorecidas y privilegiadas—, a las que no obedecen ni respetan. Por el contrario, “las dan de lado y las suplantán”.

El mayor filósofo español de todos los tiempos no repudia terminantemente el levantamiento. Consiente en “que puede ser una nueva y sin par organización de la humanidad, pero, también puede ser una catástrofe en el destino humano”.

En fin, lamenta que el mundo esté vaciado de proyectos, anticipaciones e ideales y acusa

a las minorías directoras de
deserción, “que se halla
siempre al reverso de la
rebelión de las masas”.